

HISTORIAS DE ALBORÁN

Antonio J. PALMERO ROMERO



la par que estaba enviando este artículo a la REVISTA GENERAL DE MARINA, cayó en mis manos el ejemplar del pasado mes de junio de 2014, donde precisamente se hablaba de la isla de la Alborán, y más concretamente de un monasterio que en ella existió. Mera casualidad la coincidencia «casi» temporal, las palabras de introducción del autor me hicieron meditar sobre lo acertado del contenido y título de mi colaboración: «A pesar de su vinculación con la Armada española, que mantiene en ella un destacamento de Infantería de Marina, la pequeña isla de Alborán no ha sido objeto de especial atención en las páginas de esta REVISTA» (1). Por ello recuperé mi artículo del correo recién enviado a la dirección de la REVISTA, y le añadí estas pala-

bras. Prepárese, pues, el lector a recibir unas pequeñas historias más de lo acontecido en ese pequeño islote.

La isla de Alborán es, como otros tantos pedazos de España, islas, islotes, peñones, etc., un lugar que no todos los españoles sabrían situar en un mapa. Un lugar que tampoco muchos han tenido ocasión de pisar, y menos aún los que además han podido pasar parte de su vida en ella, pudiendo ostentar orgullosamente el título de «alboraniense».

Alborán es un pequeño islote que, situado entre las costas españolas y las africanas, pertenece a la provincia de Almería. Su nombre procede de un pirata tunecino llamado Mustafá ben Yusuf, Al Borani, que la utilizaba como refugio de sus acciones por el mar Mediterráneo. Se encuentra aproximadamente a unas 40 millas de Melilla, 60 de Almería y 80 de Málaga, y tiene una superfi-

(1) GRACIA RIVAS, Manuel: «Un extraño monasterio en la isla de Alborán». REVISTA GENERAL DE MARINA. Junio 2014.

TEMAS GENERALES

cie de 71.200 m², seguramente bastante menos de lo que ocupa, por ejemplo, el Tercio de Armada (TEAR) en San Fernando y muchísimo menos que la Base Naval de Rota.

La Armada asume la importante responsabilidad de ejercer la soberanía española en la isla, y para ello tiene establecido desde hace años un destacamento de personal que se releva periódicamente y que además mantiene las instalaciones y, en un segundo término, no menos importante, vela por su ecosistema.

El que aquí suscribe es, precisamente, uno de esos privilegiados, que tuvo la suerte de formar parte de siete u ocho destacamentos en la isla, entre los años 2000 y 2003.

Dentro de la tranquilidad que aquel no residente en la isla pueda intuir, la verdad es que en Alborán no hay aburrimiento. Tristemente, a partir de los primeros meses del año 2014 se han vuelto a dar casos de arribadas de inmigrantes en busca de un nuevo y mejor futuro, que ya en la época que tratará de cubrir este relato se daban también de forma habitual. Afortunadamente este oficial no tuvo que hacer frente a tales llegadas, pero sí, en compañía del resto de integrantes de los diferentes destacamentos, vivió otras historias, que



Vista aérea de la isla de Alborán. (Foto: www.armada.mde.es)

con el permiso del lector pretendo compartir en esta narración. Algunos de los hechos que contaré fueron vividos en primera persona; otros, me llegaron, bien directamente por los protagonistas o por terceras personas. Todos, no obstante, verídicos, aunque seguramente no exentos de exageraciones, aportaciones o percepciones personales. Aquellos elegidos son los de carácter más simpático, ya que para relatar las desdichas o infortunios siempre hay tiempo.

El Hijo del Viento (2)

Por aquellos años, nos referimos a los señalados 2000-2003, en la isla había un gallo al que los lugareños llamaban «El Hijo del Viento». Cierta es que no se trataba de una especie autóctona, sino llevada por los moradores del lugar. Se alojaba, junto al resto de gallinas que abastecían el destacamento de huevos frescos y a un segundo gallo, en un pequeño gallinero construido con madera y chapa. Por cierto, unos huevos de magnífica calidad, con los que uno de los suboficiales del destacamento preparaba unas natillas de chuparse los dedos... El caso es que, aunque se procuraba tener el gallinero cerrado constantemente para evitar el impacto de esta especie en el ecosistema alboraniense, en ocasiones se producía «evasión en el gallinero».

En la isla existía, asimismo, un pequeño crematorio circular que se encontraba en la parte oeste del antiguo módulo de habitabilidad (hoy sustituido a raíz de la reconstrucción del faro de la isla) y que servía, como su propio nombre indica, para el quemado de las basuras que no se reciclaban ni transportaban a la Península.

Por otra parte, hay que saber que en la isla cohabitan, o lo intentan, dos clases diferentes de gaviotas: la común, conocida por cualquier marino que se precie, gaviota patiamarilla, y la más pequeña y menos numerosa, la gaviota de Audouin (gaviota corsa o de pico rojo), especie en peligro de extinción que año tras año llegaba a la isla para anidar en las inmediaciones del helipuerto. Debido a la agresividad de la patiamarilla contra la de pico rojo, existía un protocolo de «descaste» (es decir, «eliminar» controladamente) de las primeras, que realizaba personal de la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía entre los meses de abril y mayo. Para hacer esto, los biólogos, ornitólogos, etc., colocaban cierta cantidad de veneno en los nidos de la gaviota común y, dada su conocida voracidad, se pueden hacer una idea del resultado.

Un día, nuestro amigo el gallo, muerto por la curiosidad de lo que hacían aquellos hombres por toda la isla, se escapó del gallinero y debió de comer del

(2) Esta historia ya apareció en un artículo del autor en la *Revista de la Escuela de Infantería de Marina* del año 2002.



Enseña nacional ondeando al viento «alboraniense» en los días del conflicto de Perejil. (Foto: A. J. Palmero).

veneno, porque al poco apareció, como muchas de las gaviotas, más tieso que una anchoa. Así que, junto al resto de difuntas, se le trasladó al crematorio para su posterior incineración. Pero aquel día y los siguientes soplaban fuerte viento de poniente, por lo que no se pudo proceder a la cremación, ya que todo el humo se introducía en el antiguo módulo de habitabilidad, lo que hubiera ahumado, y nunca mejor dicho, al personal del destacamento. Así paso aquel día, y el siguiente, hasta que al tercero... ¡resucitó!, y pudo verse al gallo saliendo del crematorio, dando más tumbos que los patrulleros que hacen el relevo de la isla cuando hace mal tiempo. Y así fue como «El Hijo del Viento», que así se le conoce desde

aquel día, salvó el pellejo, ¡y la cresta!, gracias al dios Eolo.

Los días del «Perejil»

Alborán, 11 de julio de 2002. Media tarde, aproximadamente entre las 16:00 y las 17:00 horas. El comandante del Destacamento Naval de Alborán está sentado en su despacho viendo la televisión. En ese momento, el suboficial asoma la cabeza a través de la puerta del despacho y espeta: «Mi capitán, ¿se ha enterado?, han dicho en la televisión, en Antena 3, que los marroquíes han tomado una isla». Ante la relajada contestación del comandante —«No será esta, ¿no?»—, el suboficial, con la misma actitud de serenidad, dice muy perspicazmente: «Nos habríamos enterado... ¿o no?».

El caso es que aquella primera, distendida y, por qué no, divertida información acerca de la toma del islote de Perejil por miembros de la Gendarmería marroquí se tornó en una frenética búsqueda de información a través de los diferentes canales de TV que, una vez contrastada, condujo al intento de contactar con el jefe de servicio de la extinta Zona Marítima del Estrecho a

través del único medio de comunicación que por aquel entonces funcionaba en la isla, y que era un teléfono móvil de la también desaparecida red móvil *Moviline* de Telefónica. Casualmente, precisamente en aquel momento se estaba procediendo al mantenimiento de los equipos radio del destacamento y, exceptuando el equipo de VHF del Sistema Móvil Marítimo (SMM), no se encontraban operativos. El caso es que al otro lado nadie contestaba por más que una y otra vez se intentara. Las llamadas a otros números conocidos del Estado Mayor tenían el mismo resultado. Las noticias desde España a través de la televisión no eran preocupantes, pero la falta de respuesta de la Península sí lo era. Ante la ausencia de comunicación y de un plan que contemplara tales «incidencias» y con el fin de estar preparados ante lo que pudiera pasar, se decidió reemplazar el servicio habitual por una activación adecuada y que contemplara «el uso de la fuerza si fuera necesario». Afortunadamente, no pasó nada, y al mediodía siguiente se consiguió hablar con el jefe del Destacamento Naval en Cádiz, quien simplemente y con tranquilidad reconoció que ante la vorágine en la preparación de la fuerza conforme a las órdenes e instrucciones emitidas, «simplemente se habían olvidado de nosotros». Desde entonces nos convertimos en testigos privilegiados del refuerzo español de las plazas norteafricanas, en concreto de Melilla. Si al mediodía, o por la noche, el telediario informaba del movimiento de tropas hacia Melilla, esa mañana, o esa tarde, habíamos saludado efusivamente a nuestros compatriotas que a bordo de helicópteros *Chinook* sobrevolaban Alborán de camino a Melilla, con su correspondiente escolta de *F-18*, a mucha mayor altura. Mientras tanto, las gaviotas de Alborán seguían con su rutina diaria...

¡Agua va!

Ya se dejaba entrever en una de las historias anteriores que los relevos de los destacamentos de la isla no eran, y supongo que seguirán sin serlo, fáciles. La gran mayoría de patrulleros, por no decir todos, con los que se realizan no pueden entrar en la dársena de la isla, por lo que los barqueos se deben hacer mediante las embarcaciones neumáticas, bien del propio buque o bien de la isla, lo cual, y sobre todo en invierno, es en muchas ocasiones imposible a consecuencia de la mar reinante. Ocurrió más de una vez que después de un viaje «movidito» hacia la isla finalmente había que regresar por no haberse podido realizar el relevo, y volver a intentarlo posteriormente o efectuarlo por helicóptero cuando esto era posible.

Por otra parte, tampoco era fácil alojar a los componentes del destacamento en los buques con los que se hacían los relevos, que ya de por sí tenían serias restricciones de habitabilidad, aunque el tránsito fuera de una sola noche. Así que los componentes del destacamento se buscaban cualquier rincón donde pasar de la mejor forma posible los habituales «moviditos trási-

tos». En uno de ellos, uno de los suboficiales se había acoplado perfectamente en la pequeña sala-comedor de suboficiales del patrullero en cuestión, aprovechando los asientos existentes como cama. A pesar de los grandes bandazos, el confiado suboficial descansaba plácidamente en su improvisada cama, cuando sin previo aviso de ¡agua va!, una gran masa de mar lo arrebató de los brazos de Morfeo.

Se podrán imaginar que en esas circunstancias pensar que debido al temporal se ha abierto una vía de agua o que el buque se está hundiendo no parece nada ilógico. Para nuestra fortuna, lo único que pasó es que el ojo de buey situado justo encima de nuestro suboficial se había destrincado y el agua había comenzado a entrar a raudales, acudiendo en la búsqueda, como siempre, del primer incauto a mano, en este caso el único existente. Como decimos, todo quedó en nada, o casi nada, porque hay que tener en cuenta que los suboficiales eran de los componentes fijos del destacamento, es decir, que cada quince días volvían a la isla, y por tanto solían viajar ligeros de equipaje por tener toda la ropa y demás enseres allí. Así que, si inicialmente a nuestro suboficial se le podía haber pasado por la mente encontrarse en una lavadora por los continuos bandazos, ahora la realidad le había jugado una mala pasada y se pasó todo el viaje mojado.

Los contrabandistas del tabaco

Uno de los bienes más preciados para los que fumaban era el tabaco, por lo que se convertía en uno de los principales abastecimientos que acarreaban a la isla. A pesar de ello, no era poco habitual que cuando había pocos fumadores en el destacamento se pudiera dar el caso de que, ante el agotamiento del recurso propio, no fuera posible acudir a la generosidad de otro fumador con los suficientes suministros. Y hete aquí que eso precisamente ocurrió en uno de los destacamentos, y no precisamente cuando faltaban pocos días para el relevo.

El caso es que aprovechando la existencia de pesqueros en la zona, y que precisamente uno de ellos era de los habituales, con el que ya había confianza, a través de la radio del SMM se le efectuó una llamadita preguntando si portaba el preciado recurso en cantidad para que pudiera hacer una donación generosa al ínclito en cuestión. Ante la respuesta afirmativa del pesquero, y previo arriado de una de las embarcaciones del destacamento, que se aprovechó para realizar adiestramiento del personal en su manejo, parte del personal se acercó al pesquero.

Mientras a bordo del pesquero se realizaba el correspondiente cambalache y se intercambiaban impresiones sobre el tiempo y las capturas realizadas, se podía ver a lo lejos una embarcación que, dejando una larga estela blanca que delataba su velocidad, se acercaba con prestancia hacia el pesquero. Pasados



Vista del cementerio en la isla de Alborán.

unos minutos, y ya en la cercanía, tanto el personal del destacamento como la propia dotación del pesquero (por cierto solo dos), pudieron ver que se trataba de una embarcación de la Guardia Civil, que ya avisaba por megafonía de que se acercaban para subir a bordo... La sorpresa de la Benemérita al ver personal militar a bordo del pesquero fue algo que se pudo apreciar fácilmente mientras la embarcación se acercaba. Ya abarloadas ambas (pesquero y lancha de la Guardia Civil) es de suponer que las propias caras de asombro del personal fueron las que en cierta medida forzaron a la Guardia Civil a explicar los motivos de su «tan directa» actuación. Uno de los guardias, supuestamente el patrón, comentó que habían escuchado una conversación a través del SMM donde se hablaba de tabaco, e indicaciones sobre su recogida, y preguntaba, dando por supuesto que aquellos allí presentes no eran «los contrabandistas», si habían escuchado tal conversación o habían visto algo. Desde la lejanía y ante una embarcación neumática que se acercaba a otra mayor, habían dado por supuesto que se trataba de un caso flagrante de contrabando de tabaco. La verdad es que las risas no se hicieron esperar, aunque tampoco las explicaciones. Hubo que reconocer a la querida Benemérita del mar que no se habían equivocado, y que aquellos presentes eran realmente los contrabandistas del tabaco... Afortunadamente, no hubo detenciones.

El extraño artilugio

Uno de los artefactos más extraños que podía encontrar uno a su llegada a Alborán era un palo largo (como de un metro) que se encontraba apoyado contra una de las paredes del despacho del comandante del destacamento. Estaba pinchado en una corchuela, o boya pequeña, de color amarillo y presentaba lo que a simple vista parecían unos mordiscos. Y no era el único de esos artilugios, ya que dentro del módulo, en otras estancias, había otros. El caso es que como tal instrumento no tenía instrucciones anexas era difícil saber su uso y empleo; pero si estaba allí era por algo, por lo que mejor no tocarlo.

El paso de los días y la práctica del arriesgado deporte de correr por el único camino de la isla, entre la zona de habitabilidad (módulo, aljibes, faro, etc.) y el cementerio situado en uno de los extremos de la misma, hizo que finalmente uno de los suboficiales explicara el uso de aquella vara. Cuando se atravesaba corriendo el barrio de la parte noroeste junto al cementerio, separado en dos por la avenida Alborán, los escandalosos vecinos, sobre todo en época de cría, se dedicaban a lanzar unos tremendos picados contra la cabeza de los corredores, que según los viejos del lugar había hecho que alguno se fuera con una afectuosa muesca en su cabeza, consecuencia de un picotazo «gaviotil». Así pues, la inventiva lugareña diseñó un sistema de decepción o de defensa antiaérea, que realmente funcionaba, como demostraban los supuestos «bocados» que mostraba la boya pinchada en la vara, y que como se podía ver eran picotazos. En algún momento, aquellos picados y esa agresividad parecían retrotraer en el tiempo a los oficiales para recordar los ataques que sufría el alumno de rancho de la Escuela Naval Militar cuando llegaba la hora del bocadillo y se dirigía con su carrito de bocatas a la explanada frente al Casino de Alumnos.

Otra de gallos

En los destacamentos de verano, y a pesar de tratarse de una unidad militar, hay que reconocer que no eran pocas las veces en que se hacía uso de la graciable «siesta» por el personal libre de servicio. Pero lo cierto es que no todo el mundo estaba de acuerdo en que mientras unos estaban despiertos, el resto pudiera disfrutar de un corto y merecido descanso, y los celos los atacaban de tal forma que una y otra vez realizaban intentos de despertar a los demás. El caso es que, con alevosía y aprovechando que la puerta de acceso al módulo de habitabilidad se dejaba abierta normalmente, de forma sigilosa y evitando, cual boina verde, al personal de servicio, se deslizaban hasta la mitad del pasillo del módulo, soltando al gallo que, desde esa magnífica posición dominante se desgañitaba con un tremendo «cocorocó» que, ¡por Baco!,

despertaba a todo el mundo. La siguiente escena era siempre la de alguien corriendo por el pasillo detrás del gallo, normalmente el de servicio, aunque también alguno de los despertados, intentando «pagarle» su tremenda desconsideración. No obstante el animal, dado su desinteresado acto, siempre se las apañaba para no recibir su merecida paga, a pesar de la insistencia del personal. Lo gracioso del caso es que una vez volvía todo a la tranquilidad, el muy truhán repetía tales incursiones una y otra vez. Finalmente, una de las veces de las que fui testigo, se le devolvió su desprendido «cocorocó» con un gran «cocorotazo».

Síntesis

Como cualquier parte del mundo donde habitan seres humanos, Alborán tiene sus historias. La gran mayoría, historias no escritas que se mantendrán en las mentes y corazones de muchos de aquellos que pasaron allí parte de su vida.

Las aquí reflejadas no son más que una nimia parte de todas aquellas que seguro han acontecido a lo largo de la existencia de la isla y que seguirán produciéndose. Espero que estas líneas sirvan para mantener viva la imagen de lo que es un trozo de España.





Grupo de Artillería en el FTX de Chinchilla. (Foto: F. Herráiz).